

primera condición, la condición *sine qua non* de todo hombre que se dedica á la guerra, sería tener buenos ojos, ó á lo menos estar robusto y bien dispuesto. Pues bien; muchísimos grandes guerreros fueron tuertos y cojos. Filipo era tuerto, cojo y manco; Agesilao era cojo y contrahecho; Aníbal era tuerto; Bayaceto y Tamerlán, los dos rayos de la guerra de su tiempo, uno era tuerto y el otro cojo; Luxemburgo era jorobado. Hasta parece que la naturaleza, para desconcertar todas nuestras ideas, haya querido mostrarnos el fenómeno de un general enteramente ciego dirigiendo un ejército, alineando sus tropas en orden de batalla y logrando victorias. Tal fué Ziska, jefe de los husitas.

V

¡Historiadores! ¡Historiadores! ¡Fabricantes de énfasis! Amigos míos, no les creáis.

El Senado camina delante de Varrón que ha huído de la batalla, y le está reconocido por no haber perdido la confianza en la república... ¿Qué prueba eso? Que el bando que había hecho nombrar á Varrón general, para quitar el mando á Fabio, fué bastante poderoso para impedir que se le castigase. Quería que se le nombrase dictador, para que Fabio, único hombre que podía salvar á la república, no fuese puesto al frente de los negocios públicos. Todo es desgraciadamente muy natural, aunque no sea heroico. ¿Créese, por ejemplo, que después de la derrota de Moscou, si Buonaparte lo hubiese querido, todo su Senado no habría salido á recibirle en cuerpo?

El Senado declara que no rescatará á los prisioneros. ¿Qué prueba eso? Que el Senado no tenía dinero. Hizo como tantas otras personas honradas que no son

romanos; fué duro, para no parecer pobre. ¿Podía acaso acusar como cobardes á soldados que habían peleado desde que salió el sol hasta la noche, y que sólo habían dejado setenta mil muertos en el campo de batalla? He ahí los hechos, y en materias históricas los hechos valen por lo menos tanto como las frases.— Leed todo esto en la obra de Folard.

Se opondrá el testimonio de Montesquieu. Montesquieu ha escrito un hermoso libro acerca de las causas de la grandeza y de la decadencia de los romanos; pero olvidó una, y es que la caballería de Aníbal tuvo las piernas cansadas el día en que fué á acampar á cuatro millas de Roma. Siempre es curioso ver como un francés halla en los romanos cosas que ni Salustio, ni Cicerón, ni Tácito, ni Tito Livio supieron jamás; y, sin embargo, los romanos eran algo parecidos á nosotros; en materia de elogios y de buena opinión de sí mismos, dejaban poco que decir á los demás.

Los historiadores que sólo escriben para brillar, quieren ver en todas partes crímenes y genios; necesitan gigantes, pero sus gigantes son como las girafas, grandes por delante y pequeñas por detrás. En general es cuestión divertida la ocupación de investigar las verdaderas causas de los acontecimientos; queda uno sorprendido al ver el manantial de donde brota el río; recuerdo aun la alegría que experimenté en mi infancia, viendo que en su punto de partida, poniendo un pie en cada orilla, pasaba el arroyo que forma el Ródano por debajo de mí. Me parece que hasta la Providencia misma se complace en ese contraste entre las causas y los efectos. La peste fué llevada una vez á Italia por una corneja, y disecando un ratoncillo fué como se descubrió el galvanismo.

Me da asco, decía una mujer, pensar que lo que estoy viendo llegará un día á ser historia. Pues bien,

lo que producía asco á aquella mujer es hoy historia, y esa historia vale tanto como cualquier otra. ¿Qué conclusión sacar de ello? Que los objetos se agrandan en las imaginaciones de los hombres como las rocas entre las nieblas, á medida que se van alejando.

Marzo de 1820 *.

El señor duque de Berry acaba de ser asesinado apenas hace seis semanas. La piedra de San Dionisio no está aun sobre la tumba, y he aquí que ya las oraciones fúnebres y las apologías llueven sobre esa tumba. Todo ello truncado, incorrecto, mal pensado, mal escrito; adulaciones humildes ó sonoras; nada de convencimiento, nada de acento, nada de verdadero dolor. El asunto era bello, sin embargo. ¿Cuándo se prohibirá tratar los grandes asuntos á los pequeños talentos? Había en los templos de la antigüedad ciertos vasos sagrados que no podían ser llevados por manos profanas.

Y, efectivamente, ¿qué hay más vasto para el poeta y más fecundo que esa vida piadosa y guerrera, que abarca tan deplorables acontecimientos, que esa muerte heroica y cristiana, que lleva consigo tan fatales

(*) Hemos creído deber reimprimir textualmente todo este artículo, oculto sin firma en una colección olvidada, de la cual nada nos obligaba á sacarlo. Pero nos ha parecido instructivo, para las pasiones políticas de una época, el espectáculo de las pasiones políticas de otra época. En el trabajo que va á seguir, el dolor llega hasta la rabia, el elogio hasta la apoteosis, la exageración en todos sentidos hasta la locura. Tal era en 1820 el estado de ánimo de un *joven jacobita* de diez y siete años, muy desinteresado por cierto y muy convencido. Lección, lo repetimos, para todos los fanatismos políticos. Hay muchos otros escritos en este volumen á los cuales rogamos al lector que aplique también esta nota.

consecuencias? Queda reservado un noble triunfo al gran escritor que nos describa la harto corta carrera y el carácter caballeresco del que será quizás último descendiente de Luis XIV. Ese príncipe, rechazado desde la adolescencia del suelo patrio, hizo, antes de la edad propia, el rudo aprendizaje del casco y de la espada. Las primeras y durante largo tiempo únicas prerrogativas que debió á su augustó rango, fueron el destierro y la proscripción. Pasando de un palacio á un campamento, acogido unas veces bajo las tiendas de campaña de Austria, otras errante en las armadas de Inglaterra, fué, durante muchos años, con toda su ilustre familia, un manifiesto y palpable ejemplo de la inconstancia de la fortuna y de la ingratitud de los hombres. Largo tiempo mezclado entre jefes extranjeros, tuvo que combatir á soldados nacidos para servir bajo sus órdenes; pero á lo menos su constancia y su valor no desmintieron jamás la sangre y el nombre de sus abuelos. Fué digno discípulo y heredero de los Condé, desterrado como él, digno capitán de la vieja tropa de hidalgos proscriptos con sus reyes. En estos tiempos de guerras, el pan de los soldados valia para él tanto como los festines de los príncipes, y á falta de lecho real, sabía conquistar durante el día el cañón sobre el cual debía descansar por la noche. Vuelto al fin al pueblo que gobernarán sus padres, lleno de satisfacción disfrutaba pacíficamente de esa dicha que una augusta unión parecía deber conservar-le duradera para él y eterna para nuestra posteridad. ¡Ay! Después de cuatro años de una vida sencilla y benéfica, el más joven de los últimos Borbones, rodeado del amor y de las esperanzas de la nación, ha caído bajo el puñal de un francés, ¡puñal que no ha podido encontrar en su paso, durante los once años de su sombría tiranía, un corso guardado por un marmeluco!

Este leal descendiente del Bearnés, destinado sin duda á mandar á nuestro valeroso y fiel ejército, prometido quizás á los heroicos llanos de la Vendée, ha muerto en la flor y en plena fuerza de la edad, sin tener siquiera el consuelo de expirar, como Epaminondas, acostado sobre su escudo.

Y cuando el historiador de tan noble vida haya recordado el último perdón y la despedida última, tendrá el deber de remontar, ó más bien de descender, á las causas y á los autores de este abominable crimen. Que escuche entonces para publicar las tenebrosas tramas, que escuche á Francia desesperada, que gritará, como la emperatriz romana: *¡Reconozco las heridas!*

No nos entregaremos aquí á una discusión que sería superior á nuestras fuerzas; pero pensamos que hay cuestiones graves é importantes que debe resolver el historiador del duque de Berry asesinado, con respecto al miserable autor de ese atentado. ¿Es Louvel un fanático? ¿De qué especie es su fanatismo? ¿Pertenece á la clase de los asesinos exaltados y desinteresados, como los Sand, los Ravailac y los Clement? ¿No sería más bien de esos á quienes se paga el fanatismo, añadiendo á la recompensa convenida las seguridades de protección y salvación?... Nos paramos aquí. No hay razón hoy para sorprenderse de las cosas más inauditas. Vemos á odiosos bribones exponer ante Europa su impunidad, más monstruosa quizás que sus crímenes, y su audacia, más espantosa aun que su impunidad.

Será preciso que, para llenar completamente su cometido, aquel de nuestros célebres escritores que escriba la historia del señor duque de Berry, se encargue de otro deber, humillante sin duda, pero, sin embargo, indispensable; quiero decir que habrá de defender la heroica memoria del príncipe contra las

insinuaciones pérfidas y las calumnias atroces que emplean los bandos enemigos de los tronos legítimos para hacer odiosa su memoria. En otros tiempos, semejante cuidado hubiera sido injurioso para el real difunto, cuya bondad, valor y franqueza sólo pueden compararse con las virtudes del gran Enrique. Pero hoy, en que un bando regicida inciensa á los más abominables ídolos, ¿no nos vemos obligados cada día nosotros, liberales de veras y verdaderos realistas, á defender contra esas desvergonzadas declamaciones las más nobles glorias, las reputaciones más puras, las famas más inatacables? ¿No tenemos que vengar todos los días nuevos insultos dirigidos contra los Pichegru, los Cathelineau, los Moreau y los La Rochejaquelein? Y en cada nuevo ataque dirigido contra esos hombres ilustres, comenzamos de nuevo nuestra penosa defensa, sin esperar siquiera que una voz llena de indignación generosa nos interrumpa, exclamando como aquel hombre de la antigua Grecia:—¿Quién es el que se atreve á ultrajar á Alcides?

Abril de 1820.

Se ha publicado estos días una colección de *Cartas de Madama de Graffigny* sobre Voltaire y sobre Fernel. Esta obra es más rica en promesas que en realidades. El nombre de Voltaire, colocado al frente de cualquier libro, inspira una curiosidad viva y tan extensa en sus deseos, que es muy difícil de satisfacer. Parece que la vida privada de Voltaire debería ofrecer al lector un montón de pormenores agradables é interesantes, si el carácter de ese escritor extraordinario fuese reproducido en una pintura fiel con toda su movilidad original y sus bruscas desigualdades. Pa-

rece igualmente que el pincel fino y delicado de una mujer sería, mejor que otro cualquiera, capaz de reproducir esa cantidad de variados y diversos coloridos de que se compone la fisonomía moral del hombre universal, particularmente en sus relaciones con la imperiosa marquesa del Châtelet. Hubiera sido muestra de agudeza, y quizás más fácil á una mujer que á un hombre, *desembrollar* las causas de ese afecto raro, que convirtió á un hombre de gran ingenio en esclavo de una mujer espiritual, y que le permitieron resistir largo tiempo á las fatigosas molestias, á las violentas disputas que ocurrían inopinadamente y á cualquier hora por efecto de la irascibilidad de uno y el orgullo del otro. Si la colección de cartas de Voltaire á su *respectable Emilia* no hubiese sido destruída, podríamos esperar aún conseguir que se descifrase ese enigma; pues las cartas de madama de Graffigny no nos ofrecen en tal concepto ningún punto de vista satisfactorio. Es preciso decirlo y creerlo en honor suyo: el autor de las *Cartas peruanas* no había escrito probablemente sus cartas sobre Cirey con la idea de que llegarían á imprimirse algún día. No hay que agradecer mucho al editor que sacase ese manuscrito de la cartera de M. de Bouffers. Madama de Graffigny no posee el talento de observar, y sobre todo de observar los grandes hombres. Su estilo, por lo menos insípido, perjudica al interés del asunto. Madama de Graffigny, llegada á Cirey en 1738, dirige á su amigo M. Devaux, lector del rey Estanislao de Polonia, sus reflexiones acerca de los habitantes de aquel castillo.

M. Devaux, á quien llama en la intimidad de su correspondencia *Pampán* y algunas veces *Pampichón* por un exceso de ternura, recibe sus confidencias respecto de Voltaire y de su marquesa, á la cual designa con varios apodos, todos más sosos unos que otros,

Atys, tu ídolo, Dorotea, etc. Le transmite en estilo tonto y rebuscado un diario detallado de todas sus ocupaciones. ¿Vió aparecer el día?, *es que asistió al tocador del sol*. Soy, dice á M. Devaux, *muy bonita al escribirte*, etc., etc. Sin embargo, sería malo rechazar en absoluto ese libro; entre muchas repeticiones y detalles de mal gusto, las *Cartas de madama de Graffigny* contienen hechos curiosos é ignorados; y los escritos inéditos de Voltaire, que completan el tomo, bastarían para llamar la atención. Varias de esas cincuenta epístolas ofrecen alto interés; están dirigidas casi todas á personajes eminentes del siglo XVIII, como á las duquesas del Maine y de Aiguillon, á los duques de Richelieu y de Praslin, el canceller de Aguesseau, el presidente Hénault, etc. Las cartas á la duquesa del Maine, en particular, forman una correspondencia del todo inédita, verdaderamente encantadora y curiosa. Hay también en esa colección una epístola al papa Benito XIV, escrita en italiano y firmada *il devotissimo Voltaire*. Eso quiere decir que el *muy devoto* y *el devotissimo*, quizás uno y otro, no era seguramente ninguno de los dos. Puesto que queréis citas, he aquí un billete bastante bonito por la forma y por el giro, dirigido al conde de Choiseul, entonces ministro. Reconoceréis en esas pocas palabras el toque de ese hombre lleno siempre de nuevas y picantes ideas; era difícil separarse de un modo más original de las fórmulas corrientes y vulgares de las ceremoniosas recomendaciones de la corte.

«Permitid que os informe de lo que me acaba de ocurrir con M. Makartney, noble inglés muy joven y, sin embargo, muy prudente; muy instruido, pero modesto; muy rico y muy sencillo; y que gritará muy pronto en el Parlamento mejor que cualquier otro. Me ha negado que tuvieseis bondades para conmigo.

Me entusiasmé, me vanaglorié de vuestra protección; me contestó que si eso era cierto, yo me tomaría la libertad de escribirlos, tengo las pasiones vivas. Perdónad, monseñor, al celo, á la adhesión y al profundo respeto del viejo montañés.»

El *viejo suizo libre* es buen cortesano, como se ve. Hallaréis en la mayor parte de las otras cartas la alegría comunicativa, la viveza y á veces la temeridad de juicio, la adulación hábil, la burla unas veces dulce y otras mordaz, en las cuales se reconoce la inimitable manera de Voltaire prosista. Entre el pequeño número de versos mezclados á la prosa, los siguientes, dirigidos á la famosa Mlle. Raucourt, no han sido nunca impresos:

Raucourt, tes talents enchanteurs
 Chaque jour te font des conquêtes;
 Tu fais soupirer tous les cœurs,
 Tu fais tourner toutes les têtes.
 Tu joins au prestige de l'art
 Le charme heureux de la nature,
 Et la victoire toujours sûre
 Se range sous ton étendard.
 Es-tu Didon, es-tu Monime,
 Avec toi nous versons des pleurs;
 Nous gémissons de tes malheurs
 Et du sort cruel qui t'opprime.
 L'art d'attendrir et de charmer
 A paré ta brillante aurore;
 Mais ton cœur est fait pour aimer,
 Et ton cœur ne dit rien encore.
 Défends ce cœur du vain désir
 De richesse et de renommée;
 L'amour seul donne le plaisir,
 Et le plaisir est d'être aimée.
 Déjà l'amour brille en tes yeux,
 Il naîtra bientôt dans ton âme;

Bientôt un mortel amoureux
 Te fera partager sa flamme.
 Heureux! trop heureux cet amant
 Pour qui ton cœur deviendra tendre,
 Si tu goûtes le sentiment
 Comme tu sais si bien le rendre! (1).

Bonitos versos, sin duda. Confieso, sin embargo, que no tengo simpatía por ese género de poesía. Prefero á Homero.

(1) Raucourt, tu talento encantador te procura todos los días nuevas conquistas; haces suspirar á todos los corazones y perder el juicio á cuantos te vieron. Unes al prestigio del arte el feliz encanto de la naturaleza, y la victoria siempre segura se cobija bajo tu bandera. Cuando eres Dido ó Mónica, contigo vertemos llanto; gemimos por tus desgracias y por la suerte cruel que te oprime. El arte de enternecer y de encantar adornó tu brillante aurora; pero tu corazón fué hecho para amar, y tu corazón nada dice aun. Defiende ese corazón contra el vano deseo de fama y de riqueza; sólo el amor procura placer, y el placer consiste en ser amada. Ya brilla el amor en tus ojos, pronto brotará en tu alma; y un enamorado mortal te hará compartir su llama. ¡Feliz! ¡Harto feliz ese amante para el cual será tierno tu corazón, si experimentas el sentimiento cual sabes tan bien expresarlo!

ACERCA DE UN POETA QUE SE DIÓ Á CONOCER EN 1820

Mayo de 1820

I

Os reiréis, hombres de mundo; alzaréis los hombros, escritores contemporáneos míos, pues, os lo diré en confianza, quizás no hay uno de vosotros que comprenda lo que es un poeta. ¿Hallarásele en vuestros palacios? ¿Se le encontrará en vuestros retiros? Y, ante todo, por lo que atañe al alma del poeta, ¿no es la primera condición, como lo han dicho labios elocuentes, el *no haber calculado jamás el precio de una bajeza ó el salario de una mentira*? Poetas de mi siglo, ¿está ese hombre entre vosotros? ¿Está en vuestras filas el hombre que posee el *os magna sonaturum*, la boca capaz de decir grandes cosas, la *ferrea vox*, la voz de hierro? ¿El hombre que no se doblegará ante los caprichos de un tirano ó los furiosos de una facción? ¿No habéis sido todos vosotros, por el contrario, semejantes á las cuerdas de la lira, cuyo sonido varía cuando cambia el tiempo?

II

Francamente, se hallará entre vosotros á libertos, dispuestos á invocar la licencia después de haber desafiado al despotismo; tráfugas dispuestos á adular el poder después de haber cantado la anarquía, é insensatos que besaron ayer hierros ilegítimos y,

como la serpiente de la fábula, quieren hoy romper sus dientes en el freno de las leyes; pero no se hallará un poeta. Pues para los que no prostituyen los títulos, sin un espíritu recto, sin un corazón puro, sin un alma noble y elevada, no hay verdadero poeta. Tenedlo presente, no como dicho por mí, pues nada soy, pero en nombre de todas las gentes que raciocinan y que piensan—no tengo inconveniente en buscar mi ejemplo en la antigüedad,—mal suenan estas palabras en boca de un fugitivo: *Dulce et decorum est pro patria mori*. Lo confieso, he buscado hasta aquí en mi alrededor á un poeta y no le encontré; de ahí se formó en mi imaginación un modelo ideal que desearía pintar, y, como á Milton ciego, me dan tentaciones algunas veces de cantar ese sol que no veo.

III

El otro día abrí un libro que acababa de publicarse, sin nombre de autor, con este sencillo título: *Meditaciones poéticas*. Eran versos.

Hallé en aquellos versos algo de Andrés de Chénier. Siguiendo hojeándolos, establecí involuntariamente un paralelo entre el autor de ese libro y el desgraciado poeta de la *Joven cautiva*. En ambos, igual originalidad, igual frescura de ideas, igual lujo de imágenes nuevas y verdaderas; sólo que uno es más grave y hasta más místico en sus pinturas; el otro tiene más empuje, más gracia, con mucho menos gusto y corrección. A los dos inspira el amor. Pero en Chénier este sentimiento es siempre profano; en el autor á quien le comparo, la pasión terrenal está casi siempre depurada por el amor divino. El primero tuvo empeño en dar á su musa las formas sencillas y severas de la musa antigua; el segundo, que adopta á

veces el estilo de los padres y de los profetas, no desdena seguir por momentos á la musa soñadora de Ossian y á las diosas fantásticas de Klopstock y de Schiller. Finalmente, si comprendo muchas distinciones, por lo demás bastante insignificantes, el primero es romántico entre los clásicos, y el segundo es clásico entre los románticos.

IV

¡He aquí, por fin, poemas de un poeta, poesías que son poesía!

Leí enteramente ese libro singular; volví á leerlo, y, á pesar de los descuidos, los neologismos, las repeticiones y la obscuridad que pude observar algunas veces, tuve tentaciones de decir al autor:—¡Valor, joven poeta!, sois de aquellos á quienes Platón deseaba colmar de honores y desterrar de su república. Debéis esperar también que algún día seréis desterrado de nuestro país de anarquía y de ignorancia, y faltará á vuestro destierro el triunfo que Platón concedía por lo menos al poeta, las palmas, las músicas y la corona de flores.



TEATRO

I



Se llama *acción* en el teatro, la lucha de dos fuerzas opuestas. Cuanto más se contrabalancean las fuerzas, más incierta es la lucha, mayor es la alternativa de temor y de esperanza, y, por consiguiente, más aumenta el interés. No debe confundirse ese interés que nace de la acción con otra clase de interés que debe inspirar el héroe de toda tragedia, y que sólo es sentimiento de terror, de admiración ó de piedad. Así es que pudiera perfectamente ser que el principal personaje de una obra excitase interés, porque su carácter es noble y su situación conmovedora, y que la obra careciese enteramente de interés, porque no hubiese alternativa de temor y de esperanza. Si no fuese así, cuanto más se prolongase una situación terrible, más bella sería, y lo sublime de la tragedia fuera el conde Ugolino, encerrado en una torre con sus hijos para morir de hambre; escena de monótono terror que no ha logrado buen éxito, ni aún en Alemania, país de pensadores profundos, atentos y fijos.